

Bob hopes to be a comedian, o cómo aprendí a rechazar el pastelazo

Arturo Suárez*



*El que a solas sonríe,
de sus giocondas se acuerda.*

Al más felizólogo se le va un sentimiento nazi si a las cinco de la madrugada aún persisten las mezclas duras de los vecinos: del taca-taca sinaloense al pito de calabaza de Rocío Durcal, esa especie de Tito Guízar flamenca. Para entonces, ya ningún sentido del humor tiene sentido, sólo el inútil reclamo a Mozart por el subdesarrollo musical: Buki Carr quebradita, Mana-Manía, Santa Joaquina y Talía Bronca. ¿Cómo evitar pastelazos así? Mejor refugiarse en los besos y quesos de Laurel y Hardy: en el comedor de una posada alpina, el gordo, haciendo gala de buen vivir, le ordena al mesero, después de una ingestión suiza, una tacita de café (una *demi-tasse* del sobrentendido líquido); el flaco, extrañado, sólo pide la tacita, ante el asombro del mesero. Ello compensa todo el betún del mundo, y todo el rollo de Mario Moreno en Polanco por el mero hecho de haber declarado en tiempos dorados que su gracia era la facilidad de palabra.

Así, lo que Robin Williams logró con los poetas mamertos (la imitación de John Wayne como Hamlet) lo perdió en Saigón con sus ondas hertzianas. Y lo que perdió Woody Allen en Centroamérica lo ganó cuando le quitaron la custodia de sus hijos y se quedó solo con la hipocondría. El optimismo es la peor de las terapias (frase del anti*Selecciones*), como el fingido talante de un mayordomo cachazudo, o la animosidad tardía de un flemático locutor de noticias rojas, el ánimo de pachorra de los tragatés, siempre opuestos al tercermundismo bullanguero: Elliot Gould con un dejo labial de desprecio hacia la India y su *independence*. Pero este mismo shakespeariano robó cámara con sus interminables ensayos sobre la mejor pose —sentado o acostado— para morir: una mezcla

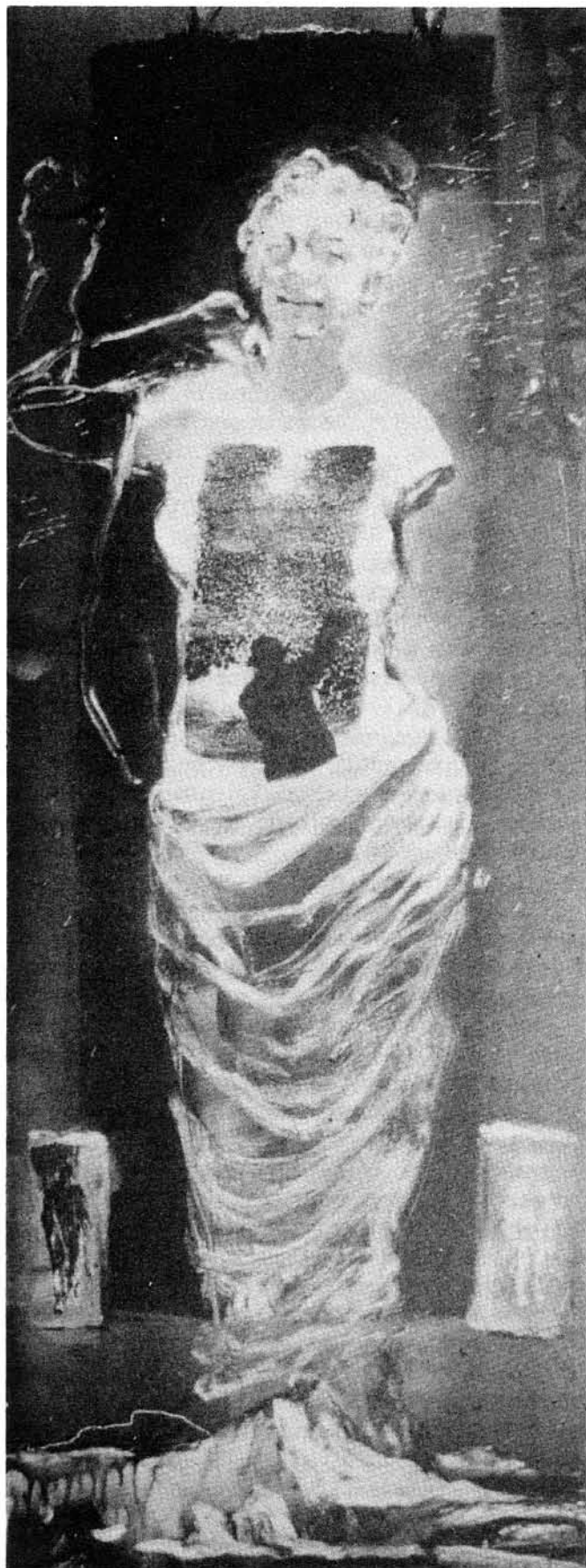
de Marat, Séneca y Camille. Finalmente la victoria fue un infarto de hilaridad.

Si Bob Hope aspira a ser cómico verbal es porque fue cultivador de pastelazos, junto con Bing Crosby, sin los excesos del cine mudo. Y es que Bob Hope no tiene nada de mudo; es, más bien, intraducible: todo acercamiento a este señor es un viaje a otra sintaxis, otra disposición semántica, un talante palabrero que exige mejores bilis, atrabilis, pituitas y sangres. Tiene cara de que le hacen la cirugía todos los días. Si fuera un chico de calendario, sólo tirarían un afiche con la tipografía de una de sus interjecciones con los labios a medio cerrar. Pero el mejor Bob es el que no tiene que ver con odaliscas o con Vietnam, sino el Bob que aclara que disfruta de los baños calientes en su tina, pero que una bomba incendiaria en el cuarto de baño ya sería ridículo, o que él es su mejor crítico y su peor admirador. Bob le receta a María Victoria un té de canela mientras canta, para el dolor de estómago. En fin, Bob sería más lingüístico si no fuera por su nariz.

Si fuera del cine todo es realidad, jamás regresaríamos al Blanquita, y el *sketch* de nuestras vidas se reduciría al lugar común de la carpa en uno de sus irrepetibles lugares comunes: el tiempo perdido de Medel y Cantinflas, tradición y talento jamás superados por las tablas de la ligereza y la televisión, hoy más que nunca, escenario de la idiota literalidad con el señor Derbez a la cabeza.

Volvamos a otros momentos donde la sonrisa, o la risotada de la meditación, esta última la carrera técnica de la primera, confirma la animosidad que se comparte, o que es incomprendida:

* Corrector en la Unidad de Difusión Científica de la UdeG.



- Arturo Manrique de bluesero en su debut –fuerza inconsciente– de la tragedia del puerto. Este mismo corazón-diario-de-un-hombre hizo que la radio pudiera verse. El triunfante perdedor Panseco, nuestro Chaplin adiposo, verborreico de esperanza. Es el único que confunde a un almirante con un acomodador de autos y pedidor de taxis, y cuando éste resulta ser un verdadero almirante, después de la aclaración le pide que le consiga un barco. Es el gran panzón, junto con Jackie Gleason y Orson Welles.
- No hay mejor humor involuntario que el político, cuya antología no está hecha para reírse sino para enriquecer el surrealismo mexicano de declaraciones; por ejemplo, si el nombre oficial de México fuera como el que la senadora Díaz le dio en una sesión solemne: los Estados Unidos de la Palabra. Qué gran vigor en la lengua. Pero no. Ver para creer, y aun así no creer.
- La corrosión más exquisita pertenece al hombre del clavel verde: sólo él puede desear a sus enemigos un ramo de zanahorias, que él mismo rechazó aunque prometió acordarse de ellos cuando las oliera.
- George Bernard Shaw, por demás decirlo, era más feminista que Schopenhauer.
- Jerry Lewis educó de tal forma sus gritos y lamentos que podría pasar por plañidera japonesa, en caso de que tengan esta costumbre, o en el teatro kabuki, donde realmente apareció.
- Todos sabemos lo que significa el adjetivo inglés *fucking*, pero en las primeras traducciones españolas de las líneas más groseras de Clint Eastwood con un ¡diantres! bastaba.
- Pocos *gags* se salvan, como los *gags* del oficio.
- Ni los descerebrados más activos se entusiasman con el chavo o el chapulín, o con el tap tap de Silvia Pinal y López Tarso. Pero rechazamos el pastelazo real y figurado, la baba de la oligofrenia y la histeria de las estrellas.

Algunos entretenedores de milagros:

- F. Murray Abraham como ex jipi.
- Danny Aiello como un dolor de hemorroides.
- Eddie Albert como *flat top* de moda.
- Milton Berle como maestro de baile.
- Joey Bishop como nadie.
- Jack como Benny.
- Arduo Suaves como autor de frases solas.
- Y otros que algún día serán famosos.

Si la risa es lo propio del hombre, Rabelais es el primero de los detallistas.▲